para ambas damas, y siendo llegada la hora de partir, que era la del obscurecer, despidiéndose muy cumplidamente D. Quijote y Panza, fueron llevados en una gran carroza hacia la madriguera del dragón, en que habían de ir en volandas, que era la estación de Villacañas, donde daba ya la máquina fuertes resoplidos.

Lo tenebroso de la noche, las luces acá y allá encendidas, el farol rojo de la locomotora, que brillaba en la obscuridad muy vivo y sangriento, el ruido de cadenas de los enganches, el son de la campana llamando á los viajeros, el hervidero de éstos, y aquel mónstruo de largos anillos que de cuando en cuando sacudía inquieto sus ferradas vértebras, estremecieron el corazón de D. Quijote; pero puesto el pensamiento en Dulcinea, saltó al interior del reservado que se le destinó, seguido de su escudero Panza, y en otro vagón montó el paje que se cuidó de encajonar á Babieca y á la mula, y de facturar armaduras y bártulos; y acomodado el caballero en uno de los ángulos, esperó ver cómo arrancaba aquel dragón formidable, dentro del cual iba, y que parecía rugir inquieto y rechinar los dientes amenazadores.

CAPITULO IX

En que se cuenta el viaje que hizo D. Quijote en el hipógrifo y espantables cosas que acontecieron.

Movióse el dragón fuertemente, y D. Quijote, que se había puesto en pie, cayó contra la pared fronteriza del vagón, dándose regular golpe en la cabeza, y fuera por el aturdimiento ó por su natural visionario, creyó ya que iba á ser digerido por aquel mónstruo y echó mano á la espada para tajarle; mas en aquel instante oyó un rugido y un silbo atronador que le paralizó la sangre, y sintió que aquella serpiente andaba primero, y volaba después, dejando atrás su madriguera.

Era la noche obscura y entre la sombra universal de los campos vió todos los mónstruos que su imaginación albergaba, pasar sueltos y veloces por delante de sus ojos. Ya eran gigantes, que semejaban oscuras y movibles sierras; ya ejércitos que parecían selvas y pinares en marcha, como los de Macbhet; ya aquellos adelgazados adversarios suyos, en filas numerosas, que no se podían contar. Algunas veces vislumbraba luces siniestras, otras reflejos de incendio rodeando una sangrienta luna medio oculta entre nublos; todo entre masas de séres mitológicos, danzando y amontonándose en un Aquelarre fantástico.

Mira, Panza, decía á su escudero, desatado el Aqueronte con todas sus infernales criaturas; fíjate y repara como están volcados ahí afuera y en torno nuestro todos los círculos dantescos, con todas sus almas precitas, con sus cancerberos y sus furias, y sus diabólicos espíritus, que

ya parecen grandes mariposas negras, ya murciélagos horribles. ¿No descubres, bajo esa luna rojiza y entre esos nublos que hay debajo de su disco, el blanco y desnudo cuerpo de Francesca, la hija del señor de Ríminii, con el puñal de su esposo clavado en el pecho? ¿No ves más allá al Conde Hugolino, royendo el cráneo de sus hijos moribundos, y no divisas al sereno Virgilio y al Dante pálido y huesudo, con los reflejos cárdenos en el rostro?

Nada veo sino obscuridad y montes y campos, respondía Panza asomándose á la ventanilla.

Gran bellaco eres, repuso D. Quijote; pues no sabes distinguir en esas masas de obscuridades los cuerpos y las figuras de esos enjambres de séres y personajes que van en torbellino. Fíjate bien, y dime si no son aquellos Plutón y Proserpina. Contesta si no navega por allí cargada de racimos de condenados la barca de Carón. ¿Y aquellas playas enrojecidas, no son por ventura las que rodean todo un mar de aceite hirviendo?

No señor, replicó Panza; no hay mar de aceite, ni barca, ni nada de lo que Usía dice, sino es que la imaginación le hace ver en las nubes y las sombras de la noche, cosas que parece que existen y que no son.

Y esas, añadió el caballero, ¿no son las Parcas, hilando de los vellones de las que remedan nubes y que son copos de lana, los hilos de nuestra existencia? Míralos salir los más hermosos para adornar el Paraíso y los más toscos para formar las cadenas de los condenados. Y mira á Astolfo, buscando con S. Juan Evangelista al anciano Tiempo que ha de revelarle cosas profundas.

Ciego estoy, respondió Panza, para no disgustar á su amo que iba excitándose y que seguía amontonando en confusa mescolanza almas de la Divina Comedia, y héroes de sus libros de caballerías, en los más disparatados maridajes.

Préparate, oh Panza, gritó al cabo de un rato de delirar de esa manera; que ahora sí que vienen hacia nosotros todos los hijos del Averno. Quieto, que yo desde este hipógrifo he de dispersarlos, como enjambre de buhos y demás siniestras aves de la noche. Y era que la columna de humo de la locomotora volaba hacia atrás del lado en que estaba el caballero; pero cuando éste se dispuso á tajarla con su espada, entró el tren silbando desaforadamente en un túnel y quedó D. Quijote frío y paralizado, como si un poder invisible le hubiera arrancado los ojos y dejádole en perpetuas tinieblas.

En tan precaria y temerosa situación acordóse de aquel anillo recibido de la Emperatriz de Villacañas, por poderes de la del Toboso, y sacándolo del dedo y alojándolo en la desdentada boca, fué á punto en que el tren salía del túnel y recobró la visión, creyéndolo debido á la virtud de aquel talismán, por lo que lo sacó de la boca y puso en el dedo de nuevo, con gran cuidado, visto ya su maravilloso influjo para devolveer los sentidos y potencias á los caballeros andantes que lo poseyeran.

¿Has notado Panza el efecto que me ha producido este talismán? exclamó. Ciego quedéme al ir á pelear con esa falange de obscuros enemigos, y apenas usé del anillo recobré la vista y huyeron aquéllos. Mira tú si Dulcinea me tenía dispuesta una eficacísima ayuda para mis batallas. Dígote que con esto y el casco que la Emperatriz de Villacañas háme dado y que es negro como la armadura de Rodomonto, he de ser el terror de los mónstruos y gigantes que ahora pueblan la tierra.

Señor, repuso Panza, que había estado mohino viendo á su amo hacer tanto disparate; ha de desengañarse Usía de que la tal Emperatriz debe ser muy burlona de espíritu, como aquel moro que escribió las hazañas de su anterior vida y milagros: porque, ni esa sortija hizo tales prodigios sino que fueron obra natural de la salida del túnel, ni ese yelmo que dió á Usía es más que una gran olla de barro cocido, más á propósito que para resguardarle en las batallas, para guisarle la puchera.

Ya veo, respondió el caballero, que heredaste la incredulidad y torpeza de tu ascendiente Sancho, aunque no su ingenio, como dijiste. Yelmo es ese y no olla, por más que lo parezca, y

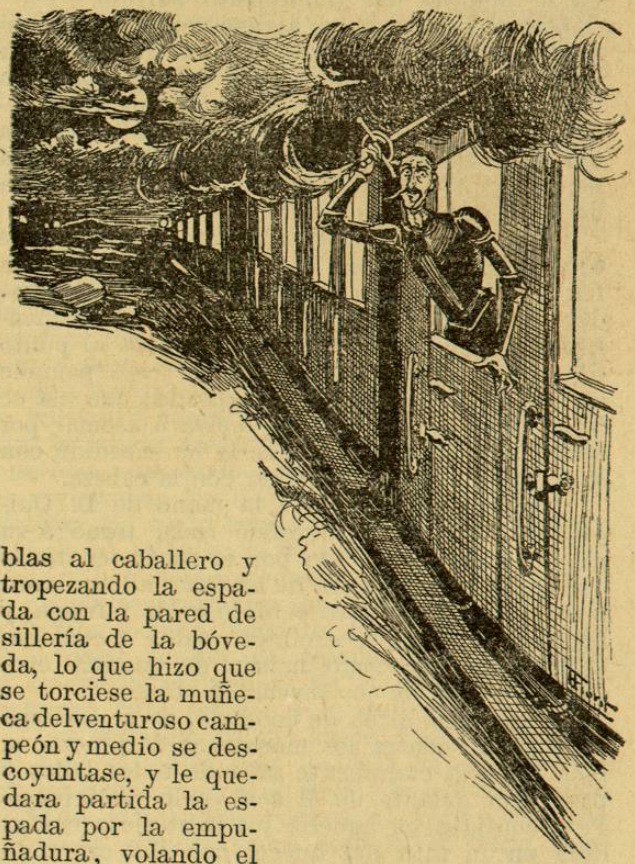
aunque lo veas de figura de marmita y le llames así, sábete que de esa guisa son ahora los cascos guerreros y que con uno semejante y luego una caldera fué vencido el gigante vapor, según la Emperatriz me contó. Y bien desagradecido eres con esta egregia dama, por cierto; pues la llamas burlona y mentirosa, cuando ella nos libertó del cautiverio, nos regaló en su palacio con buena mesa y muelle cama y nos prestó las alas de este hipógrifo para poder arribar más pronto á la metrópoli de Andorra y caer sobre ella como llovidos del cielo.

Si buen agasajo nos hizo, dijo Panza, buen verde se dió á nuestra costa; pues yo sé por sus doncellas que no cesaba de reir y que apenas delante de Usía podía contenerse. Las penas de su viudez se le quitaron, á lo que parece, en esos dos días: con que así, ella nos es más deudora que á ella nosotros, y lo único que le agradezco es el haber convencido á Usía para que vayamos en este dragón, según dice; pues estando el Imperio de Andorra tan lejano, con Babieca y mi mula no llegaríamos en un siglo, y esto ya ve Usía que corre como el pensamiento.

Sí que anda, exclamó D. Quijote, tal que deja atrás á todos esos gigantes, espíritus y diabólicas criaturas de que está el espacio poblado; y yo creo que se vale de esos silbidos horribles, que de tiempo en tiempo dá, para ahuyentar á los que pueden oponérsele, y que se para de cuando en cuando para tomar mayores alientos. Verdaderamente que el dominar á este mónstruo y hacerle tan sumiso á los hombres, honra como alta empresa á aquel caballero andante Stephenson, de que me habló la Emperatriz. Lástima que se me adelantara: porque, de haber yo sido el primero en encontrarle, habría montado en él como Orlando en aquel caballo salvaje, y le habría echado brida y serreta fortísimas y le hubiera domeñado al fin, llevándole dócil y amansado á los pies de Dulcinea.

Llegando á este punto volvió la chimenea de la locomotora á echar grandes bocanadas de humo, entre estruendosos silbidos, y el tren á correr más velozmente; y viendo D. Quijote la

columna negra que pasaba hacia atrás y se desenroscaba en enormes masas, creyó que venían de nuevo sobre él, para acometerle, los vestiglos de antes, y avanzó á la ventanilla sacando la espada desnuda por ella y dando grandes tajos á la negrísima humareda, al tiempo que el tren penetró por otro túnel, dejando en tinieblas al caballero y tropezando la espada con la pared de sillería de la bóveda, lo que hizo que se torciese la muñeca delventuroso campeón y medio se descoyuntase, y le quedara partida la espada por la empuñadura, volando el acero en pedazos.



D. Quijote acordóse otra vez, en las tinieblas, de su talismán y quitándoselo del dedo se lo echó á la boca, y no había hecho apenas la operación, cuando pusieron en lo alto del vagón la lamparilla de aceite, que vino á ilumi-

narlo; lo que creyó también efecto de aquel anillo prodigioso, que hacía la luz en sus entenebrecidos ojos; pero, viéndose sin acero en la diestra y sí sólo con la empuñadura, no tuvo duda ya de que aquellos enemigos tenebrosos le habían roto la espada para que no pudiera valerse de ella, á la vez que sintió agudo dolor en la muñeca del torcimiento sufrido.

Atame, Panza amigo, alguna venda á esta mano, exclamó; que ya has visto el resultado de esta batalla, en que si bien han quedado en fuga todos los ejércitos enemigos de esos negrazos feroces que por los aires venían contra nosotros, he sacado luxada la muñeca y rota por la empuñadura la espada; tan grande es la matanza que de ellos hice.

Válame Dios, Señor mío, dijo Panza, y que toda la noche ha de estar Usía peleando con fantasmas, cuando podía dormirse y dejarme dormir muellemente sobre estos divanes, mientras llega el día y arribamos nosotros al punto de parada. Traiga acá, le ataré este pañuelo de yerbas á la mano descoyuntada; que así se le aplacará el dolor, y no vuelva á asomar por ahí al aire libre, que lo que le ha sucedido con la espada lo puede acontecer con la cabeza.

Y atando el pañuelo á la mano de D. Quijote, tal que se la envolvió toda, tornó á su rincón y quedó vencido por el sueño, en tanto que aquél se lamentaba de no tener allí su lanza para sustituir al acero perdido en la refriega, y buscaba en su sobreexcitada mente á cuál caballero enemigo suyo habría de ganarle otra espada digna de su invencible brazo.

No teniendo arma de combate, no se arriesgó ya á pelear contra los mónstruos de afuera; si bien les veía claramente salir de todos lados y pasar por delante de él con vuelo vertiginoso. Pero confiaba en aquella luz misteriosa encendida en lo alto del hueco, que iba creyendo sería la lámpara de Aladino.

Panza roncaba, el tren volaba y D. Quijote al ver de cuando en cuando la columna de humo, echábase el anillo á la boca, con lo que creía quedar invisible para tanto gigantazo, y luego se lo sacaba y ponía en el dedo otra vez.

Al pasar un túnel larguísimo se lo echó de nuevo, y creyendo que mejor que hacer á cada paso la operación, sería tenerlo en lo boca mientras durasen tantos peligros, dejóselo en ella y seguro de ser ya invulnerable y rendido por las emociones y el cansancio, quedóse dormido en el ángulo del vagón cerca de Panza.

Pobre visionario caballero: su espíritu, no reposaba en el sueño, ni en la vigilia. Sus arreos eran las armas, su descanso el pelear, y allí, recostado en el espaldar del vagón, y vencido por el dios hijo de la noche, siguió soñando nuevos combates. Vió á aquel encantador enemigo suyo que, seguido de una legión de ginetes negros montados en lechuzas, caía sobre él para arrebatarle su anillo, y él echaba mano á su espada y se encontraba sin ella. ¡Momento supremo! Le rodeaban, le atacaban por todas partes, y no tenía tampoco á mano el yelmo de la Emperatriz de Villacañas. Le cogían, le sujetaban con cadenas tan gruesas como las que sirven para las áncoras de los navíos, y él las rompía todas como si fuesen hilos de ovillo, y volvían á cargarle de otras más fuertes. Al fin le tenían maniatado ya, con unos cables enormes y un nudo parecido al de Gordium, y le registraban las manos para arrancarle el talismán. No se lo encontraban: porque él guardábalo en la boca; pero le reconocían el cuerpo todo y por último llegaban los más esforzados á querer separarle las quijadas. Aquella fué la más desesperada faena; él las ajustaba y apretaba como poseído del tétanos, y ellos querían á la fuerza abrírselas. En esto, hizo un gran esfuerzo para resistir y..... despertó.

Los enemigos habían huído. Fué á sacarse de la boca el anillo y no lo tenía en ella; se miró los dedos y no se lo halló; buscó en el suelo y en los almohadones del vagón, pero no estaba; y dando grandes voces despertó á Panza, contándole lo que le había acontecido y que el anillo se lo habían arrebatado aquellos jinetes negros, mandados por su rencoroso encantador.

Panza buscó el anillo también por todas partes y no lo encontró; pero, después del relato de aquella batalla y de contarle D. Quijote el

esfuerzo supremo que hizo para que no le sacasen el talismán de la boca y el despertarse sin él, el buen escudero rompió á llorar, sin querer declarar á su amo la causa de su congoja.

¡Ay, Sr. mío; decía entre sollozos, esta sí que es desgracia! ¿Qué va á ser de Usía? ¡Con esto si que no llegan á granazón sus promesas! ¡Qué haremos ahora y á dónde acudiremos para salvarnos!

D. Quijote quiso consolarle, diciéndole que no se desesperara, que no era el primer caballero á quien habían arrebatado un talismán, como sucedió á Brunel con Bradamanta, que aconsejada por el alma del gran encantador Merlín buscó á aquél, le ató sólidamente á las ramas de un alto pino y le quitó el anillo de Agramante. Si esto le pasó al sarraceno con una mujer sola, juzga tú, añadió D. Quijote, mi esfuerzo y mi resistencia, al ser atacado por tantos, que no eran hembras sino fuertísimos campeones; á más de que me cargaron de tales cadenas y cables que los más grandes navíos no hubieran podido llevarlas.

¡Ay, mi Señor D. Quijote! continuó Panza. ¡Holgárame yo de que fueran esos enemigos los que se hubieran llevado el talismán; que con él y un cuarto compraba Usía un pájaro! ¡Otro es mi temor y más me arraigo en él cuando menos encuentro el anillo y más oigo á Usía!

Dí, qué temes, exclamó D. Quijote; que cualquiera que sea nuestra desventura deberé yo saberla, ya que no la pueda prevenir, para arrostrarla con ánimo valeroso.

En esto sintió el caballero un gran retortijón de tripas y cierta desazón en el estómago, lo que al saberlo Panza le hizo prorrumpir en mayores quejas.

¡Ciertos son los toros, Señor mío; esos son los efectos de la sortija, que no es que se la arrebataron aquellos fantasmas, sino que Usía con aquel esfuerzo se la trágó! ¡Cuerpo de mí, qué muerte tan perra vá á tener Usía! ¡Mal haya la Emperatriz de Villacañas y toda su corte! ¿Cómo sacarle á Usía ese anillo del estómago, ni cómo ha de poderlo digerir no siendo avestruz?

Palideció D. Quijote, oyendo tales lamentos, y cayó en la cuenta de que en efecto se había tragado el talismán. En esto comenzó á clarear el día, trayendo luz á los ojos, pero no al espíritu de los dos conturbados viajeros.

Con la luz desaparecieron las visiones que habían sobreexcitado á D. Quijote; pero le acometieron otras ideas, pensando que llevaba el anillo dentro del estómago, pues no sabía el efecto que en él haría, ya que estaba destinado á no pasar más adelante de la boca; empero pronto se tranquilizó, diciendo á Panza que se alegraba de que no se lo hubiera arrebatado aquella enemiga falange, y sí de tenerlo tan bien guardado que sólo con la vida pudieran quitárselo.

Iba el tren buscando á Aranjuez, y ya la claridad diurna dibujaba con su pincel hechicero, mojado en la paleta de los más ricos colores, paisajes risueños, por donde se veía correr y ondular la plateada cinta del Tajo.

Alégrate Panza, dijo D. Quijote, y mira cómo vamos llegando triunfantes á las cercanías de la ciudad encantada á que nos encaminó la Emperatriz. Mira allá las azules sierras, que no parece sino que son de pálido záfiro, y esas verdes campiñas y arboledas y ese río delicioso que fluye sereno. Asómate aquí, que vamos á pasar sobre él en alas de este hipógrifo, que por lo que veo lo mismo cruza las montañas que salvaría volando el Amazonas. Ya estamos sobre él y le cruzamos velocísimamente. Repara sus orillas, por donde las alamedas dan sombra, y los pájaros embelesados gorjean, y bajan á abrevar las vacadas. Mira esas quintas y esos palacios y esas huertas y esas largas avenidas de bosques añosos, que parecen plantados el primer día de la Creación; tan corpulentos son sus árboles y de tan gruesos troncos. De buena gana bajárame aquí para hacer alto en esta Capua deliciosísima.

Señor, dijo Panza, ese debe ser Aranjuez: un sitio real de que he oido hablar á uno de mi pueblo que en él estuvo de guarda de sus jardines, y sí decíame que era muy bello y deleitoso; pero muy dado á calenturas. El se volvió,

porque cogió unas tercianas, y tan hermoso y risueño como es ésto, tanto venía él de amarillo, flaco y lleno de melancolía.

No tardó en desaparecer el encanto, pasando el hipógrifo por campos más altos de pobres sembrados y llanuras peladas. El frío los escarchaba á trechos y penetraba el cuerpo de D. Quijote, que mal defendido por su vieja ropilla sentía el entumecimiento de toda la noche, aunque como buen madrugador manchego estaba acostumbrado á inclemencias y vientos ariscos.

Dos ó tres veces sintió D. Quijote sus retortijones; pero no hizo caso, embelesado por los accidentes del paisaje y pensando en la encantada ciudad que iba á visitar cuando bajara en el punto de parada.

Hétela ahí, dijo á Panza, viéndola por fin asomar á lo lejos, con sus altas masas de edificios; mírala suspensa en los aires, con todos sus palacios y torreones. Grande es y magnífica, y seguramente la habrán construído hadas y genios soberanos; pues no de otra manera se mantendría flotante con toda su inmensa pesadumbre.

Señor, respondió el escudero, ese debe ser Madrid; que cerca de Aranjuez no hay más, según aquel amigo guarda me contó, que dos grandes ciudades: una de medio locos, que se llama así, y otra de locos del todo, que se llama Leganés. Y no siga diciendo Usía que esa que vemos está suspensa en el aire, porque entonces más vale que nos quedemos en la otra.

Aminoró el tren su carrera y ya más pausadamente fué acercándose á la estación, no sin mostrar á D. Quijote el curso del humilde Manzanares, con sus tendederos de ropa á las orillas y sus ribazos y praderas, acá verdes, allá terrosos.

Llegó la locomotora á las proximidades de la estación, y maravillaron á D. Quijote sin saber lo que eran, aquellos miles de vagones de todas clases, jubilados unos, de medio uso otros, rotos los más y descoloridos; creyendo que aquella era una inmensa ferrería, donde se arreglaban gigantescos cascos y capacetes y se templaban armas de todas clases; pero cuando dejándolo todo atrás el tren entró bajo la inmensa bóveda acristalada y vió el caballero aquel hormiguero que del dragón bajábase, quedó más asombrado aún, no sabiendo cómo el monstruo había podido correr tan aprisa con toda aquella carga.

Apeóse de él, lo mismo que Panza; acudió el paje de la Emperatriz, que se encargó de desencajonar á Babieca y á la mula del escudero, sacó el equipaje de ambos, lo entregó á Don Quijote con una carta que su Señora y dueña le había dado para que en Madrid un pariente de ella les atendiese, y quiso llevar á los dos viajeros á la ciudad; pero el caballero dijo que prefería entrar en ella á caballo y armado como debía, y el paje hubo de dejar que él y su escudero hicieran lo que les viniera en gana, viéndoles en las afueras montar sobre sus palafrenes y tomar camino opuesto hacia las riberas del Manzanares.